

procedía implacablemente con la excomunión y con las públicas penitencias de la Iglesia. Respecto de los clérigos insistía ante todo en el puntual cumplimiento de la obligación de residir, y en la conducta irreprochable (1). A quienquiera hubiese faltado en este concepto, le deponía, sin consideración á su patrono, aun cuando fuera un obispo. Al principio no quería tolerar Giberti que viviera ninguna mujer, ni aun la propia hermana carnal, en casa de un eclesiástico; sin embargo, moderó más adelante aquellas disposiciones, permitiendo tuvieran por caseras aquellas mujeres de cuyo carácter irreprochable se había él mismo persuadido. Para poner término á la acumulación de varias prebendas afectas á la cura de almas, obtuvo que se revocaran en Roma todas las dispensas concedidas en esta parte. Hizo inspeccionar cuidadosamente, por medio de vicarios foráneos, la ejecución de las órdenes dictadas en las visitas, y además debían también á su vez darle cuenta los párrocos ó predicadores.

Para hacer posible una permanente y regular cura de las almas, tomó Giberti muy á pechos volver á restituir su propia importancia al ejercicio del cargo parroquial (2); para lo cual prohibió con la mayor severidad á las Ordenes religiosas, entrometerse en los derechos de los párrocos, y exigió con grande empeño que los feligreses asistieran los domingos y días festivos á la misa parroquial, durante la cual no permitió se celebraran misas en otras iglesias. Asimismo procuró reducir todo lo posible la erección de nuevas capillas y la celebración de la santa misa en las casas particulares (3).

La misma misa parroquial debía, por otra parte, celebrarse con la mayor solemnidad y dignidad posible, por lo cual se inculcó la exacta observancia de los ritos y el proceder digno en la celebración. Con cuanto ahinco insistiera Giberti en este respecto, se colige de la severidad con que reprendía él mismo faltas, al parecer, insignificantes; como por ejemplo, que el sacerdote colocara el birrete en el altar; pero más importancia que á las exterioridades, daba, sin embargo, á la devoción interior y á la pureza del corazón, por lo cual prescribió la confesión semanal á

(1) Cuán difícilmente se conseguía el cumplimiento de la obligación de residencia, consta del edicto de 1535, que se halla en Giberti Opera, 234 s.

(2) Cf. Gothein, Ignatius, 189, quien con razón pone de relieve especialmente este punto.

(3) V. Giberti Opera, LXXVI s.

todos los sacerdotes. Esforzóse por asegurar la intachable administración y dispensación de los sacramentos, mediante numerosas prescripciones, las cuales descenden con frecuencia hasta las cosas más particulares. El parece haber sido el primero, que introdujo la costumbre de guardar la sagrada Eucaristía en un tabernáculo sólido sobre el altar mayor, así como el tocar la campana en la elevación (1); y asimismo procuró fomentar, por medio de hermandades, el culto del Santísimo Sacramento. Pero en lo que se mostró más riguroso fué en las condiciones exigidas á los confesores, contra los cuales procedió implacablemente, sometiéndolos á repetidos exámenes, y suspendiendo á todos los inhábiles. Tampoco en esta parte tuvo por indiferentes ciertas exterioridades, mandando que los sacerdotes ejercitaran su oficio vestidos siempre de sobrepelliz y estola, y sentados como jueces; no en pie, como se hacía frecuentemente con las personas distinguidas. También es probable que se deba á Giberti la forma de los confesonarios usada todavía en la actualidad (2).

Instantemente exhortaba asimismo á los párrocos, á que atendieran con solicitud á la concienzuda administración de las rentas eclesiásticas, á las escuelas elementales, hospitales, congregaciones y hermandades, á los pobres, viudas y huérfanos; y muy particularmente les inculcaba el fructuoso ejercicio de la predicación. Sin duda alguna le movía á esto el peligro de la invasión de las doctrinas luteranas, contra las cuales publicó Giberti un severo decreto ya á 10 de Abril de 1530 (3). Durante todo el año debería en adelante predicarse al pueblo, en todas las iglesias parroquiales, todos los domingos y días festivos, el Evangelio de Jesucristo, «con claridad y sencillez de corazón», sin superfluas citas de los poetas, y sin meterse en sutilezas teológicas. Nadie podría anunciar la palabra de Dios sin licencia del obispo, y á los predicadores forasteros se los remitía al párroco para entenderse con él sobre las particulares necesidades de la feligresía. Para su catedral y para las iglesias de los conventos de Verona, procuró Giberti atraer á los mejores predicadores de toda Italia; y frecuentemente los enviaba por los pueblos, donde muchos

(1) V. Zini en Giberti Opera, 272; Dittrich, Kathol. Ref. 34; cf. con todo Probst, en el Freib. Kirchenlexikon, I^o, 591.

(2) Cf. Zini, loc. cit., 273 y Dittrich, 36.

(3) Giberti Opera, 232 s.

párrocos no estaban en condiciones de predicar. Para los niños se dispuso la enseñanza del Catecismo los domingos después del mediodía, y el celo del obispo no olvidó siquiera á los labradores que solían rodear la iglesia antes de comenzar los oficios divinos, á los cuales se debía enviar un acólito que les leyera algún libro espiritual.

A par de la reforma del clero secular, se procuró la de las Ordenes religiosas. Verdad es que había aún monasterios excelentes; pero en muchos otros había llegado la relajación á un extremo intolerable. Giberti emprendió animosamente la lucha (1). Respecto á los monasterios exentos de varones, le otorgó Clemente VII facultades especiales; todos los predicadores y confesores de las Ordenes religiosas fueron sometidos á las mismas severas ordenaciones que los eclesiásticos seculares, y castigados con toda severidad en caso de cometer excesos inmorales (2). También procedió Giberti con grande energía contra los abusos que andaban mezclados con la administración de las indulgencias, encargada en su mayor parte á los religiosos. Por medio de sus representaciones en Roma, obtuvo que, en lo futuro, ningún cuestor pudiese recaudar limosnas en su diócesis sin su licencia, y se declararon nulas cualesquiera facultades contrarias, aun cuando procedieran del Papa (3). Giberti comenzó, ya en el otoño de 1528, la visita de los monasterios de monjas; para la cual se presentaba muchas veces á horas enteramente inesperadas, y se informaba de todo con la mayor minuciosidad. Suprimió algunos monasterios, mejoró otros introduciendo en ellos buenos elementos, y procuró en primera línea proveerlos á todos de buenos confesores (4). En algunos monasterios de monjas enteramente relajados, donde se entrometían parientes ricos y poderosos, tropezó con increíbles dificultades (5); por lo cual, en el año de 1531, hizo que las ordenaciones que había compuesto para la reforma de las monjas, fueran confirmadas por el Dux. En ellas llegaba hasta á prohibir el uso del órgano y del canto coral artificioso; dictáronse las más minuciosas reglas preventivas para la observancia de

(1) Cf. Pighi, 89 s., 93.

(2) Pueden verse ejemplos en Sanuto, LVIII, 67, 70.

(3) Constitutiones Giberti en las Opera, 129 s. Cf. Kerker, 20 s. y Dittrich, 36 s.

(4) Cf. Biancolini, Chiese di Verona, I, 120; III, 78; IV, 376; Pighi, 93 s.

(5) Cf. Pighi, 95 s.

la clausura y el examen de las novicias. Giberti repetía allí la máxima de sus amigos Gaetano y Carafa: «Más vale pocas y buenas, que muchas y desaprovechadas» (1).

Todavía mayores dificultades que los recalcitrantes monasterios de monjas, opuso á Giberti su Cabildo catedral; aquí, como en otras partes, fueron ante todo las exenciones, las que opusieron obstáculos á la ejecución de sus órdenes; por lo cual, ya en 1525, le había concedido Clemente VII completa potestad de jurisdicción sobre todos los exentos (2); pero como los canónigos opusieran una resistencia tenaz, el Papa suprimió expresamente á 26 de Marzo de 1527, la jurisdicción del Patriarca de Aquilea sobre el Cabildo catedral, sometiendo á éste inmediatamente á la Sede Apostólica, y nombrando á Giberti, para todo el tiempo de su vida, *legatus natus* de la ciudad y diócesis de Verona (3). Como Giberti, fundándose en esta disposición, estableciera en 1529 un Preboste, los canónigos abandonaron la catedral y celebraron los oficios del coro en Santa Elena. Aun cuando Roma resolvió en favor del obispo, el Cabildo perseveró en su resistencia, y sólo en Enero de 1530, mediante la intervención de Carafa, se llegó á un acomodamiento, en el cual se portó Giberti con mucha magnanimidad. A pesar de esto, no le faltaron en adelante desavenencias con el Cabildo (4).

También se suscitaron asimismo graves conflictos, tanto con los clérigos disolutos como con los ciudadanos (5), haciéndose necesaria la intervención de Gaetano di Tiene y de Carafa (6). Las cosas llegaron á tal extremo, que hicieron pensar á Clemente VII, convenía que Giberti abandonara aquella difícil

(1) Giberti Opera, 183 s. El ejemplar auténtico de las Constitutioni de le monache, se halla ahora en la *Biblioteca municipal de Verona*, Cod. 1359. Cf. también Sanuto, LVIII, 148.

(2) Breve de 23 de Mayo de 1525. Giberti Opera, XI s.

(3) V. Giberti Opera, XII. En 8 de Abril de 1534, Giberti recibió también la **facultas absolvendi quoscunq. laicos et clericos a casibus reservatis except. cont. in bulla Coena Dom. Brev. 1534, vol. 54, n. 97 del Archivo secreto pontificio.*

(4) V. Giberti Opera XVII s.; Dittrich, Kathol. Ref. 25 s.; Pighi 71 s., y señaladamente los escritos especiales inspirados en criterios opuestos, intitulados *Notizie spett. al capitolo di Verona*, Roma 1752, y *De privilegiis et exempt. capit. cath. Veron., Venetiis 1753*. El acomodamiento de 1530, puede verse en Ughelli V, 963 s. V. también Sanuto LIV, 46, 63 s., 87, 121, LV, 24.

(5) Cf. Sanuto LI, 113.

(6) V. Bromato, I, 177 s., 219.

situación y regresara á Roma (1); pero él no pensaba en esto ni remotamente. Verdad es que obedeció al mandato del Papa, que le llamó á su lado en 1529 y 1532 (2); pero en cuanto le fué posible, regresó de nuevo á su diócesis; ni siquiera la dignidad cardenalicia, que repetidas veces se trató de concederle, tenía para él atractivo alguno (3). Con paciencia y blandura continuó trabajando en la reforma de su clero, apoyado constantemente en esto por el Papa (4).

Con no menor empeño tomó asimismo Giberti el remedio de las miserias corporales y espirituales de sus diocesanos; y esta actividad social del obispo de Verona, aparece casi totalmente aislada en aquella época, formando el más bello complemento de su acción reformatoria en la esfera eclesiástica; en la cual tuvo siempre ante los ojos, en primera línea, las clases numerosas del pueblo. Con paternal amor procuraba el cuidado de los pobres, enfermos y huérfanos, y estableció escuelas dominicales para las clases inferiores. Fundó en Verona una casa de preservación para jóvenes en peligro, y un lugar de refugio para las caídas. Es señal de su sentido práctico, que se manifiesta en todas las cosas, el haber procurado colocar como sirvientas, ó casar, á las que en aquel asilo se habían enmendado. Al propio tiempo planteó medidas para oponer, en la ciudad, un dique á la inmoralidad pública (5).

(1) Cf. arriba, p. 143.

(2) Cf. Dittrich, *Kathol. Ref.* 13 s.

(3) V. Bergenroth II, n. 358. Cf. Gayangos IV, 2, n. 749, 751; Sanuto XLVIII 385; LVI, 91, 109, 302.

(4) Además de los ejemplos ya citados, indicaremos todavía las siguientes disposiciones tocantes á este punto: Min. brev. 1532, vol. 41, n. 130: *Zach. Zuccensi ord. praed. prof. Venetis commor. (dícete que vaya al punto á verse con Giberti), con fecha 19 de Marzo. Brev. 1533, vol. 53, n. 65: *Pro episcopo Veronen., fechado en Bolonia á 3 de Marzo (contra aquellos religiosos que quieren substraerse á la reforma, alcanzando breves de Roma). Brev. 1534, vol. 54, n. 12: *Episc. Veron. committitur, ut moneat rectores eccles. paroch. civit. et dioc. Veron. tam non residentes quam residentes, qui ad regendas eor. eccles. per seipos idonei non sunt, ad providendum suis ecclesiis de idoneis capellanis per eum approbandis infra compet. termin., quo elapso ipse auct. apost. provideat et compet. portionem fructuum dict. eccles. eis assignet, con fecha 18 de Enero; n. 95: *Episc. Veron. dispensatur, quod, quoties sacris lectionibus et aliis piis operibus fuerit occupatus, loco officii possit recitare orat. domin. decies et symbolum apost. semel etiam in suo cubiculo, con fecha 8 de Abril. *Archivo secreto pontificio*.

(5) Cf. Ballerini en Giberti Opera XXI; Pighi 99 s., 115 s.; Gothein, Ignatius 191. V. también Bagatta, *Storia degli spedali in Verona*, Verona 1862.

Giberti se esforzó por renovar de una manera fundamental las instituciones de beneficencia, reformando las hermandades que cuidaban de ellas, y en parte se hallaban enteramente degeneradas. Conforme al modelo del Monte di Pietà de Verona, hizo que los párrocos establecieran también instituciones semejantes en las aldeas, las cuales debían servir, no sólo como casas de empeño, sino también, á su vez, como cajas de préstamos, para impedir á los judíos explotar con la usura á los labradores (1). Para remediar la mendicidad, generalmente extendida en Italia y acentuada en Verona hasta un extremo intolerable, fundó la Asociación de la caridad, compuesta de eclesiásticos y legos, obteniéndole de Clemente VII todas las gracias concedidas á la *Societas pauperum* de Roma. Dicha asociación, que se reunía todos los meses, era una especie de Sociedad de San Vicente de Paúl, para socorro material y moral de los pobres (2). Sus miembros acudían eficazmente á los necesitados, con dinero, mantenimientos y prendas de vestir; procuraban á los enfermos asistencia médica, y dotaban doncellas pobres; deshacían amancebamientos, defendían los procesos de las viudas y huérfanos, y ponían en paz á los que inconciliablemente andaban enemistados. Con justicia llamó Francisco Zini aquella asociación de caridad cristiana, la mayor y más gloriosa de todas las obras de Giberti; la cual sobrepaja á todas las demás con tanta ventaja, como la caridad á todas las otras virtudes (3). Esta beneficiosa institución, que Giberti formó al principio con gran solicitud en Verona, fué luego extendiéndose á las aldeas: en cada parroquia se escogieron siete hombres, los cuales debían dirigir, de acuerdo con el párroco, el ejercicio de todas las obras de caridad cristiana, ejercitando al propio tiempo cierta manera de policía sobre las costumbres. El fin de tal asociación, escribía Francisco Zini, es «que nadie ofenda á Dios, nadie padezca hambre, nadie injurie á su prójimo, y generalmente, nadie peque, nadie carezca de lo necesario y, por fin, que cese toda enemistad, todo rencor y enojo; en una palabra, que todos nosotros seamos, como los fieles de la primitiva y más venturosa Iglesia, un corazón y un alma en el culto y alabanza de Dios» (4).

(1) Cf. Gothein, 192.

(2) Cf. Kerker, *Kirchl. Reform* 18 s. y Dittrich, *Kathol. Ref.* 45 s.

(3) Giberti Opera 295.

(4) V. Zini en Giberti Opera 295, 296.

La única recreación que se permitía Giberti, en medio de la multitud de sus ocupaciones, consistía en el cultivo de la ciencia y el trato con hombres eruditos. Aprovechaba todo el tiempo libre para el estudio, principalmente de la Sagrada Escritura en su texto original, y de los Padres, deseando conocer en sus mismas fuentes la antigua disciplina, que se presentaba á sus ojos como el ideal de todas las reformas. Muchos de aquellos humanistas, á quienes había dispersado en todas direcciones la borrasca del Sacco, hallaron una morada hospitalaria en la curia del obispo de Verona, donde se formó una verdadera asociación de eruditos y poetas: la Accademia Gibertina (1). En la oreada loggia del palacio episcopal, á cuyos pies corre el Adige, se reunían aquellos literatos, teniendo ante los ojos uno de los más bellos panoramas de Italia. También en este círculo se preocupaba Giberti por adelantar la causa de la reforma eclesiástica, procurando hacer que los poetas se convirtiesen de la poesía profana á la sagrada, moviendo á los filólogos á traducir y editar obras religiosas, principalmente de los Padres griegos; para lo cual estableció en su casa una imprenta propia, en la que hasta se fundieron tipos griegos. Al humanista Tulio Crispoldi, miembro del Oratorio del Amor divino, le hizo componer un pequeño Catecismo, y un Manual para predicadores (2).

El ejemplo de tan esclarecidas virtudes pastorales había de estimular el celo de otros obispos, moviéndolos á su imitación; y así, todavía en el reinado de Clemente VII y apoyados por él mismo (3), trabajaron en la reformación, enteramente al estilo de

(1) Cf. Tiraboschi (edit. Neapolit.) VII, 1, 117 s.; Kerker, Kirchl. Reform 26; Gothein 182; Pighi 126 s.

(2) Cf. Ballerini en Giberti Opera XIV s., XL, L s.; Dittrich 19, 31; Pighi 129; Giuliani, Tipogr. Veron., Verona 1871, Fumagalli, Lex. typ. Ital., Florence 1905, 515.

(3) Cf. Breve 1533, vol. 53, n. 170: *Pro F. card. Cornelio eccl. Brix. admin. facultas per se vel alium visit., corrig. et reformandi ecclesias et personas tam saec. quam cuiusvis ordin., con fecha 8 de Abril 1534, vol. 54, n. 67; *Nicol. card. de Rodolphis episc. Vicent. conceditur quod non obstant. revalidat. privileg. regularibus civit. et dioc. Vicent. concessis possit uti priore facultate sibi concessa circa eor. visit. et correct., con fecha 8 de Marzo; n. 113: *Herculi card. Mant. conceditur quod quamdiu praefuerit eccl. Mant. possit per se vel alios visitare omnes paroch. ecclesias civit. et suae dioc. Mant., con fecha 14 de Abril; n. 123: Otra facultad para reformar las parroquias de su diócesis, con fecha 22 de Abril; n. 162: *Extensión de esta facultad también á las capellanías, con fecha 25 de Mayo. *Archivo secreto pontificio*.

Giberti, el cardenal Bernardo Cles, en Trento; el cardenal Cornaro, en Brescia; Pedro Lippomano, en Bérgamo; el cardenal Hércules Gonzaga, en Mantua; el cardenal Ridolfi, en Vicenza; Aleander, en Brindis; Vicente Carafa, en Nápoles; Vida, en Alba; Federico Fregoso, en Salerno y Gubbio; Jerónimo Arsagi, en Niza; Sadoletto, en Carpentras; Ludovico de Canosa, en Bayeux; para no hacer mención sino de los más eminentes (1). En todos estos prelados se halla un elevado concepto de las obligaciones anejas á las dignidades eclesiásticas; y algunas de sus ordenaciones, v. gr., la visita que mandó hacer en su diócesis el cardenal Gonzaga, acusan innegablemente la influencia del obispo de Verona (2). Testigos nada sospechosos afirman, que en esta mudanza de los prelados, no fué menos decisivo el ejemplo de Juan Pedro Carafa, el cual trabajaba incansablemente por la reforma (3); y sobre muchos influyó también Carafa de una manera directa (4).

Al propio tiempo fuese despertando también en Italia lentamente la vida sinodal: Clemente VII, ya durante su cardenalato, había reunido un concilio provincial en Florencia, ajustándose á las ordenaciones del concilio de Letrán (5); el cardenal Farnese que, apoyado por su excelente Vicario general, Jerónimo Guidicioni, había tomado muy á pechos, desde el año 1516, la reforma por medio de visitas, en su diócesis de Parma, celebró en esta ciudad, en Noviembre de 1519, un sínodo diocesano (6); lo propio hicieron Rangoni en Módena en 1522 (7), y Giberti en Verona en el otoño de 1534. El mismo espíritu de interior reforma eclesiástica por medio de sínodos, se despertó, en el reinado de Clemente VII, en Polonia, Alemania, Francia é Inglaterra (8). En medio de las grandes turbaciones se muestra, en los más diversos puntos, una nueva y activa vida de la antigua Iglesia Católica; y

(1) Sobre la actividad de los susodichos, podrán verse datos más seguidos en el V tomo.

(2) En el tomo V trataré acerca de los documentos de visitas de las diócesis de Mantua, que empiezan en 1534, los cuales hallé en el *Archivo episcopal de Mantua*.

(3) Cf. en el apéndice n.º 145, la *carta característica de F. Peregrino, de 17 de Octubre de 1532. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) Por ejemplo, en Aleander: v. Paquier 351 s. Sobre el cambio de conducta de Aleander, cf. también Cian, en el Giorn. d. lett. Ital. XXXVII, 157 s.

(5) Cf. nuestras indicaciones, vol. VIII, p. 324.

(6) V. Schweitzer en la Röm. Quartalschr. XX, 42.

(7) Bernabei, Vita del card. Morone, Modena 1885, 4.

(8) Cf. Hefele-Hergenröther, IX, 576 ss., 629 s., 856 s.

Giberti tuvo gran parte en que este cambio se realizara en primer lugar y más resueltamente en Italia. Cada día iba en aumento el número de los obispos, animados por el celo de las almas, que tomaban por modelo á aquel varón excelente; y hasta un Carlos Borromeo procuró conformarse con el dechado de Giberti, de cuyas ordenaciones tomó muchas á la letra en sus decretos el Concilio de Trento. Por esta manera, desde el estrecho círculo del obispo de Verona, se derramó una copiosa y bienhechora corriente sobre una gran parte de la Iglesia (1).

3

La reformación católica, que Giberti puso por obra, era, en sentido eminente, una reforma del pueblo; así como no había nacido en los gabinetes de estudio de los literatos, así tampoco se encaminaba principalmente á los eruditos, sino á las grandes masas de la clase media é inferior, donde se enlazaba con otra profunda corriente religiosa, la cual había perseverado viva en Italia aun en los más calamitosos tiempos del Renacimiento (2).

Las calamidades de la época (que fueron de gran trascendencia para la realización de la reforma católica) contribuyeron por su parte á robustecer aquella corriente. Los jinetes apocalípticos: la guerra, el hambre y la muerte, las cuales había dibujado Durero á fines del siglo xv, como vaticinio de los acaecimientos futuros, habían hecho en Italia crueles correrías. Semejante á un terrible huracán, se lanzó sobre aquel país la furia de la guerra, destruyendo los campos y las habitaciones, y arrebatando las vidas humanas; hasta que, finalmente, el jardín de Europa quedó trocado en campo de batalla cubierto de cadáveres, y se convirtió muy pronto en foco de pestilencia. Aquellos terribles acaecimientos y penalidades inauditas, produjeron en el alma del

(1) V. Dittrich, *Kathol. Ref.* 49 s.

(2) Cf. nuestras explicaciones, vol. V, p. 56 ss., á las que se adhiere Tucker en la *Engl. Hist. Review* XVIII, 268.

pueblo una poderosa excitación, constantemente acrecentada por las profecías de ciertos ermitaños.

Principalmente produjo una impresión por extremo profunda, aquella espantosa catástrofe que arrojó de Roma á los principales miembros del Oratorio del Amor divino, y los lanzó á la Italia septentrional, donde hallaron más fecundo campo de acción: el Sacco di Roma. El efecto moral de dicha catástrofe fué todavía mayor que los perjuicios materiales.

No sólo en toda Italia, sino también en los demás países de Europa, resonaron los lamentos sobre las ruinas de la Ciudad, que había ejercido durante siglos enteros un incomparable encanto sobre los ánimos de los hombres. Crueldades inauditas, muertes, deshonoras, rapiñas, saqueos, incendios, y los más abominables sacrilegios, habían caído sobre la eterna Roma, y convertido el teatro de la vida más espléndida, el centro del Renacimiento literario y artístico, el asiento del supremo Gobierno eclesiástico, en un desierto de donde se exhalaba la peste. Como antiguamente, en la época de San Jerónimo, así también lamentaban ahora en prosa y verso numerosos escritores la ruina de la gloriosa Roma. «No es la Ciudad quien ha perecido, sino el mundo» (1). En estas palabras habla el humanista; y en realidad, el Sacco determina el fin del Renacimiento; el fin de la Roma de Julio II y León X.

Un mundo había perecido, y otro mundo nuevo iba á surgir. La catástrofe había puesto fin á aquella alianza (á la larga insostenible) entre el Pontificado y el Renacimiento, que propendía hacia el lado del paganismo, iniciando en el mundo una época de más grave espíritu, y preparando los caminos para la reforma católica. Aquel acaecimiento debía convertirse en una importante piedra miliaria, no sólo para la vida literaria y artística, sino también para la religiosa.

En todas partes, lo mismo entre los herejes alemanes, que entre los españoles severamente ortodoxos, y los superficiales italianos, se miraba, en la espantosa asolación de Roma, un justo castigo del cielo, fulminado contra la Capital de la Cristiandad sumergida en los vicios, y una terrible expiación por el mal ejemplo que numerosos prelados y no pocos soberanos pontífices habían dado al mundo en la época del Renacimiento. Este era, en

(1) *Opera*, epist. 988.

Italia, no sólo el sentir de las personas instruidas (1), sino también el del pueblo (2).

La conciencia de haber Dios castigado con el hierro y el fuego aquella corrupción de la Ciudad Eterna, que clamaba al Cielo (3), produjo en muchos una conversión interior. Hasta un tan fervoroso partidario de la cultura del Renacimiento como Pierio Valeriano, reconoció entonces la insuficiencia de él para fundar un sólido criterio práctico, y la necesidad de una mudanza en las costumbres (4). La escuela del dolor mostraba su eficacia para corregir y purificar. Como en otro tiempo, entre las borrascas que acompañaron á la ruina del Imperio romano, muchas personas de ánimo generoso se retiraban á la soledad para hacer penitencia (5); y en todos los mejores elementos de la Iglesia se despertaba la conciencia de la enorme culpa en que más ó menos todos tenían alguna parte. Este propio conocimiento debía ir conduciendo gradualmente á una profunda renovación; por lo cual, nada menos que el propio Sadoletto, preveía con mirada profética, en las calamidades del presente, el alborear de una nueva aurora, la próxima purificación de las almas. «¡Si con nuestros dolores, escribía al Papa, hemos podido satisfacer al enojo y justicia de Dios;

(1) Cf. G. Negri en Sadoletti epist., I, Romae, 1760, 189 s.; Vettori, 380 s.; Piccolomini, Tizio, 113, nota 2; la *carta de L. Canossa á Francisco I, fechada en Venecia á 16 de Mayo de 1527, existente en la *Biblioteca municipal de Verona*; Cajetanus, Exposit. evang. s. Matth. c. 5, como también los célebres Dos diálogos escritos por Juan de Valdés (ed. Luis Usoz y Río en Reformist. ant. español, IV, Madrid, 1850). Sobre J. Valdés, cf. Maurenbrecher, Kathol. Ref., 268 s., 406; Baumgarten, II, 632 s., y Pfülf en el Freib. Kirchenlexikon, XII, 536 s. A las obras especiales aquí indicadas; hay que añadir también Homenaje á Menéndez y Pelayo, I, Madrid, 1899, 396 s.

(2) Cf. Lancellotti, III, 263, 304 y el *diario de Cornelius de Fine, que se halla en la *Biblioteca nacional de París*.

(3) Presenta un cuadro vivo de la corrupción de costumbres de la Roma de León X, la Propalladia (Libros de antaño, IX, Madrid, 1880; cf. Schack, Dramatische Literatur in Spanien, I, 181) y del tiempo de Clemente VII antes del Sacco, la Lozana Andaluza, de Fr. Delicato, escrita en 1524, que se halla en los Libros esp. rar. e curios., I, Madrid, 1871, y París, 1888; cf. Giorn. d. lett. Ital., XIII, 316 s. V. también nuestras indicaciones, vol. VIII, p. 97 s., como también Ademollo, Teatri di Roma, 3; Luzio, Pronostico, 47 s., 61 y Giorn. ligust., 1890, 195 s.

(4) V. Gothein, Ignatius, 96.

(5) La *Cronica del P. Bernardino da Colpetrazzo (*Archivo general de la Orden de los capuchinos de Roma*) hace resaltar la huida del mundo que hubo después del Sacco, la cual fué causa de que muchos se hiciesen ermitaños.

si estos terribles castigos nos vuelven á abrir el camino á mejores costumbres y leyes; entonces por ventura nuestra desgracia no habría sido la mayor! De lo que pertenece á Dios, Dios cuidará sin duda; mas nosotros tenemos delante una vida de enmienda que ninguna fuerza de armas nos podrá arrebatar; encaminemos, pues, solamente nuestros pensamientos y obras á buscar en Dios el verdadero esplendor del sacerdocio y nuestra verdadera grandeza y poder» (1).

En realidad, Clemente VII, y con él muchos cardenales y prelados, habían entrado en sí en la época de la suprema tribulación (2); pero aquel genuino Médici extraviado por su excesiva prudencia, se volvió á perder muy pronto en el laberinto de la política; también muchos prelados continuaron viviendo como antes; bien que un completo regreso á los anteriores tiempos se había hecho enteramente imposible; y ya en el reinado del sucesor de Clemente VII se obtuvo un claro conocimiento de la nueva incumbencia histórica que la apostasía del Norte impuso durante un siglo al Pontificado. Es un argumento muy notable de haber también muchos curiales entrado en sí, el discurso pronunciado por el obispo Stafileo, al reunirse de nuevo la Rota á 15 de Mayo de 1528. Después de una descripción de lo que había sufrido Roma por el saqueo, el hambre y la peste, propone el obispo la cuestión: por qué la Capital del mundo había sido tan duramente afligida; y responde con una paladina confesión, que recuerda la otra de Adriano VI: «Porque toda carne se había entregado á la corrupción; porque no somos ya ciudadanos de la santa ciudad de Roma, sino de la corrompida ciudad de Babilonia.» El orador no tiene dificultad en aplicar á la ciudad de Roma la imagen de la Babilonia del Apocalipsis; y asimismo, de aquella terrible catástrofe, con la que había el Señor arrojado de su templo á los compradores y vendedores, saca para sí y sus colegas la enseñanza, de que debían enmendarse y ejercitar su oficio de jueces de una manera irreprochable. «Todos hemos pecado gravemente,

(1) Carta, fechada en Carpentras á 1 de Septiembre de 1527, que se halla impresa en Anecd. litt., IV, 335. El original está en el *Archivo secreto pontificio*, XLV, 42.

(2) En la notable relación de Francisco Pesaro sobre el Sacco, pintase minuciosamente la vida religiosa que se llevaba en el sitiado castillo de Santángelo: El Papa celebrava spesso ecc. — et in vero, ancora che fusseno molta zente in castello, pareva però che fuesse una religione. Sanuto, XLVI, 132.